penetrada y tan celestial y santa. Allí no había amor propio; todo era amor de Dios. El amor propio divide; el amor de Dios une. Todos allí se amaban en Dios. El amor de Dios funde los corazones y los une con el mismo Dios. Allí reinaba el amor más intenso, más luminoso y perfecto.

La unión es imprescindible con quienes se convive. Cuando no hay unión en una familia o en una comunidad religiosa, no puede estar esplendoroso el amor de Dios ni tampoco hay santidad. Efecto necesario y primario del amor de Dios es el amor de caridad. El fuego del amor de Dios necesariamente funde los corazones para unirlos.

Ni es razón para desunirlos pensar que algunos sean imperfectos y están enfermos en el espíritu y no busquen ya la santidad. Con los enfermos se extrema la caridad y se tienen unas delicadezas que no se guardan con los sanos. Para cuidarles y para que recobren la salud se recurre al médico, y en el caso de que haya algún enfermo del espíritu, se ha de recurrir al médico divino, a Dios, para que dé la salud, y se busca su amor y la unión. Cuando hay disensión, cuando se nota la desarmonía, Dios arroja eso fuera o se sale El, y ya es imposible haya ni amor de Dios ni unión con Dios. Ha triunfado el amor propio sobre el amor de Dios. El gusto propio, como el amor propio, son los verdugos del amor de Dios en el alma.

Dios es la armonía y la paz y el gozo. Dios es la delicia inefable, que sólo pueden sentir en Dios los que le aman. No puedo disculparme diciendo que es mi carácter, porque es tanto como decir mi amor propio no admite la mansedumbre de Dios. Mi intemperancia y mal genio no ha sentido la influencia del amor de Dios. Repito que el amor de Dios lo funde todo y lo convierte todo en oro de Dios. Mientras se vea mi mal carácter, mi disconformidad, mi mal genio, mi mala manera de ser, no me dejó unir a Dios ni me puede Dios transformar en amor; no sé todavía lo que es oración ni presencia de Dios.

En la casita de Nazaret nada interrumpía la atención a Dios y el silencio en Dios. Todo era unión en Dios y todo era entrega a Dios. La lluvia de gracias especialísimas y de bendiciones caían comúnmente sobre sus moradores, y el amor y el bien de uno era el amor y el bien de todos. La Virgen quiere, como quiere Jesús, que en mi recogimiento viva yo con la misma santidad y con el mismo espíritu que ellos vivieron: en silencio, en entrega, en espera, en amor.

La Virgen rogaba y se ofrecía por todos los apóstoles para que fueran santos, y por todos los pecadores para que vivieran en gracia. Era la expiación de los pecados del mundo y era ante Dios el refugio de los pecadores. Dios la envolvió, la

transformó, la unió a Sí y la divinizó con especialísima gracia y amor. Esto mismo quiere Dios de mí y yo también lo quiero. Entonces empezaré a sentir el amor de Dios, no como yo lo había imaginado, sino de un modo más hondo, más misterioso, más ardiente. Es el fuego de Dios, que acabará con todo lo imperfecto que hay en mí y me unirá con Dios.

254. En el cielo todo es unión, gozo y delicia. En el cielo el bien de uno es bien de todos y el bien de todos es para cada uno. En el cielo, o en la visión de Dios, se recibe la dicha y el gozo infinito de Dios para siempre.

¡Dios y Señor mío!, ¿cuándo se abrirán los ojos de mi alma y verán tu luz? ¿Cuándo se fortalecerá mi alma de tal manera que ya me entregue totalmente a Ti? ¿Cuándo me pondré en tus manos de tal manera y con tal decisión que ya hagas en mí lo que estás deseando hacer? ¿Cuándo desharás esta miseria mía y esta mi pobreza para que me conviertas en tu misericordia y bondad y me hagas oro tuyo y hermosura tuya y amor tuyo?

Mi misión en la tierra es ser tu alabanza, y cuanto más alabanza tuya sea, adquiriré mayor glorificación en Ti; y cuanto más amor tuyo sea, será de mayor eficacia en la Iglesia y en las almas.

Hoy apenas se estima esa eficacia. Apenas se

repararía en la casa de Nazaret, si hoy viviera la Sagrada Familia, como no se reparó cuando vivía. Mas yo diría que las almas santas recogidas son no sólo las columnas de la Iglesia, sino las casas bancarias de Dios en la Iglesia. En las casas bancarias se negocian los intereses y bienes y se guardan y aseguran los tesoros y las joyas. Los Bancos son como el respaldo del valor de las naciones y su crédito económico. Las almas santas recogidas son las casas bancarias de Dios para negociar y comprar las almas, para la expiación de los pecados, para el ofrecimiento a Dios, para la alabanza y agradecimiento a Dios. El alma santa compra los pecadores para la gracia y los apóstoles y buenos para la santidad.

Como el alma santa está en unión con todos, todo lo consigue y todo lo alcanza en Dios. Dios graba su imagen viva y hermosísima en el alma santa recogida.

Que te busque y te mire, Dios mío, dentro de mí mismo; que yo no me salga de Ti jamás y viva en tu amor. Tu presencia me llenará de gozo inexplicable y sentiré el anhelado *no sé qué de cielo.* Pon en mí la vida sobrenatural para que la fe y la esperanza me lleven a tu dichoso encuentro y se llenen de esa tu divina caridad que levanta al alma hasta unirla en amor a Ti. Que la unión Contigo me enseñe a gustar esta soberana verdad: Vivo en

el Señor y para el Señor y el Señor vive en mí. Que mi unión me enseñe a vivir como viven los bienaventurados en el cielo, en silencio de gozo y de admiración y de felicidad, en el éxtasis de la dicha. «El conocer en ellos es deleite inestimable que excede todo sentido.» Hacedme vuestro.

DECIMOSEXTA LECTURA - MEDITACION

LA SANTIDAD ES HACER LA VOLUNTAD DE DIOS Y ES VIVIR A DIOS EN SU AMOR

255. Ha sido misericordia del Señor, que nunca sabré agradecer bastante, haberme puesto en un ambiente cristiano donde desde niño me instruyeron en la fe, donde me inculcaron las virtudes, donde me enseñaron la hermosura de la vida espiritual con la doctrina y con el ejemplo. Mis padres amaban y adoraban a Dios y de ellos aprendí la noción de que Dios es el creador de todo, el infinito bien, la omnipotencia y hermosura, y que me ha creado para el cielo, para ser feliz con El en el cielo. Mis padres fueron mis más amados maestros, y mis modelos, mis padres y mis hermanos.

Dios me ha inspirado, con una nueva misericordia, el deseo de vivir vida espiritual. ¿Con qué te pagaré, Dios mío, y cómo te agradeceré tu bon-

dad para conmigo en darme voluntad y ansias de vivir consagrado a tu amor y recogido Contigo?

La vocación religiosa y de consagrarse para procurar la perfección es una singularísima gracia de Dios al alma a quien se la hace. Ninguna gracia de Dios se merece de suyo; por eso son gracias dadas. Dios las da para la santidad y para adquirir mayor gloria en el cielo y como muestra de especial amor. El llamamiento a la perfección o estado religioso es llamamiento especial para la santidad, y semejante a ella es la gracia del llamamiento a vida recogida y de trato con Dios.

Es verdad que éstas son gracias de Dios y no se merecen; pero me enseña la teología que según sea la fidelidad del alma con estas gracias recibidas es la abundancia de gracias posteriores que da Dios al alma, y si el alma no las aprovecha, viene, con frecuencia, a perderlas todas. Es la defección que lamentan los libros religiosos de almas llamadas por Dios y que murieron a Dios por falta de fidelidad. Las almas fieles son como la tierra buena y bien cuidada y regada. El dueño la siembra bien y recoge abundantes cosechas y sazonados frutos, con los cuales se enriquece y prepara mejor la tierra y la fertiliza para próximas cosechas y mejores y más abundantes frutos.

El dueño tiene confianza con la tierra buena y bien regada y la siembra bien, porque se verá bien recompensado. Cuando Dios ha dado sus gra-

cias al alma y la ha puesto en lugar apto para que pueda tener muchas virtudes y exuberante vida espiritual y florecer en el divino amor y ve que el alma corresponde y no deja perder gracia alguna de cuantas recibe, cada día aumenta la corriente de sus gracias para que el alma pueda ser su riquísimo huerto cerrado y cargado de frutos y su jardín floridísimo hermoseado con todas las virtudes y oliendo siempre a cielo, que es oler a amor de Dios por las virtudes. Las gracias no se merecen en rigor de justicia, pero unas gracias traen otras, porque ante el aprovechamiento y fidelidad del alma, cada día aumenta Dios las gracias. No se merecen las gracias; pero Dios es infinitamente generoso en darlas a las almas que tienen voluntad de aprovecharlas, como las escasea a las que no corresponden. La santidad del alma depende de las gracias de Dios y de la gracia de la fidelidad del alma.

Pues me habéis escogido y llamado para estar junto a Vos y me habéis puesto el primer deseo de amaros con todo mi amor y de procurar la perfección, os suplico me concedáis la gracia de la fidelidad y de la perseverancia en esta determinación hasta que la logre. ¡Que florezca mi alma en todas las virtudes!

256. La santidad es estar llenos de Dios; la santidad es vivir a Dios; la santidad es tratar con Dios y mostrar la verdad del ofrecimiento a Dios

en la continua práctica de las virtudes. Si lo procuro, viviré en continuo deseo de Dios. Dios quiere de mí estas virtudes para inundarme de su amor.

Todo cuanto en este libro he escrito, he procurado sea para dar una noción de Dios lo más hermosa posible, y esa su hermosura y bondad de tal manera se grabe en mi memoria y en mi imaginación, y más en mi voluntad, que le tenga continuamente presente y le tengas tú, alma buena, que me lees. He procurado hacer resaltar con toda la ternura y belleza a mí posible que miremos a Dios no allá lejos ni fuera, sino aquí dentro de la propia alma, dentro de mis propias facultades, más íntimo a mí mismo que mis propios pensamientos y mis propios amores. Dios está en mí y llenándome más que yo a mí mismo; su inteligencia está más en mi entendimiento que la mía propia, y me comprende como yo jamás puedo comprenderme. El me hizo y El me conserva. Yo no sé ni veo cómo obran mis facultades y mis órganos en mí. El sí lo sabe y lo ve y me tiene presente. El me hizo. Dios está en mí y para mí; es mi creador y mi conservador, como es el creador y el conservador de todo, como es el dador de los bienes y cualidades de todos los seres. Dios es el que me da la vida y se la da a todos los vivientes, y la da no dejándola y retirándose, como deja un carpintero la obra que ha hecho y marchándose; da la vida y está en la vida y El es la vida. *Todo cuanto hay*

en mí cante a Ti, Señor mío, el cántico de la alabanza. En tanto tengo vida y ser en cuanto me los estás dando y conservando.

¡Qué hermosa y santa oración la del alma que mira a Dios dentro de sí misma y le acompaña y le pide y le agradece con amor! ¡Qué magnífica oración la del alma que se mira dentro de Dios y empapada en Dios y se deja hacer amor de Dios! ¡Cuándo me dejaré yo hacer amor vuestro y mis obras serán de amor de cielo!

En la oración y en el recuerdo de Dios sé que Dios está conmigo y le hablo y le pido y agradezco. Sé que Dios me escucha y me ama y me da cuanto me conviene para mi alma y para mi gloria eterna. Sé que Dios está deseando ver mi fidelidad para acrecentar su gracia y su amor en mí y comunicarme más santidad.

Dios, que me ha hecho la gracia de llamarme, no quiere dejar la obra incompleta, y yo te suplico, Dios mío, no la dejes, sino que mires que me has recogido junto a Ti para transformarme en amor y unirme en amor Contigo. Termina en mi alma esta obra maravillosa que Tú empezaste y deseas realizar y también yo quiero; a esto he venido y para esto lo dejo todo. Recógeme en Ti y úneme a Ti.

El alma santa vive en Dios y a Dios. El alma santa marcha al encuentro de Dios y Dios se hace encontradizo con esta alma y la comunica su amor

para que florezcan las virtudes. *Escóndeme, Dios mío, en lo escondido de tu bondad y de tu luz.*

257. Pretendo engañarme a mí mismo cuando digo que no sé ser santo. Me engaño cuando miro la santidad fuera de mí, como me engaño cuando miro a Dios lejos de mí o digo que no puedo practicar las virtudes o hacer oración.

Nadie puede alegar con verdad su ignorancia para ser santo. Faltará la voluntad, la determinación, la constancia; pero a todos da Dios la luz suficiente para saber ser santo.

El lenguaje de Jesucristo en su Evangelio es tan sencillo y asequible que todos le entendemos. Le entiende el sencillo y el que carece de estudios y es al mismo tiempo tan hermoso y profundo que las inteligencias más profundas y cultivadas no se cansan de admirar las verdades y novedades que encierra. Dios no excluyó de la santidad a los sencillos y analfabetos ni dejó de dar la doctrina para que supieran ser santos. En cierta manera me figuro yo que más principalmente habló para los sencillos e ignorantes y trabajadores de buena voluntad que para los sabios. Los sabios se desdeñaban y como rebajaban en ir a escuchar y ver a Jesús. Los sencillos le seguían días enteros por escucharle.

La santidad no está muy distante de mí y yo sé ser santo. La santidad es la obra de Dios y mía juntamente, inseparablemente. Podía hacerla Dios

solo, pero no la hace sin mí. Me da su gracia y su luz y su poder y luego me manda que yo me niegue a mí mismo y le siga. No me deja solo ni deja de darme el poder, pero me exige mi esfuerzo, mi cooperación, que yo no me separe de El. Los dos unidos, la gracia de Dios obrando en mí y yo siendo fiel a la gracia, obraremos la santidad. Dios es la santidad por esencia y está en mí estimulándome y llamándome a la santidad.

La santidad es la determinación de la voluntad fortalecida e iluminada por la gracia de Dios. Dios quiere hacer florecer con toda su hermosura dentro de mi alma la flor de la santidad, que El mismo plantó en mí. Dios quiere transformar mi alma en hermosísima flor de santidad. Mi alma florecerá con la flor de la santidad cuando tenga la convivencia íntima con Dios. La santidad y la perfección es vivir en Dios, con Dios y a Dios.

258. *Vivir quiero con Dios.* Que todo mi pensar, que todo mi sentir y desear sean para Dios. Si me recojo con Dios y he dejado todas las cosas y aun las aspiraciones materiales, es para abrazar y vivir con la mayor delicadeza y firmeza el ideal de ser todo para Dios en mi pensar, en mi sentir y en mi desear y obrar.

Quiero vivir a Dios. ¿Cómo se vive a Dios? El que pretende vivir las cosas materiales y adquirir bienes y comodidades terrenos se afana y desa-

zona y pierde el sueño y hasta la salud buscándolos para adquirirlos, poseerlos y tenerlos a su disposición. Aspira a que los bienes sean suyos en propiedad. Pero los bienes siempre son algo externo. Yo aspiro a vivir a Dios. Dios quiere hacerse mío y para mí no sólo en el cielo, sino aquí en la tierra. Dios no es algo externo, sino algo íntimo mío, más íntimo no sólo que todas las cosas, sino que yo a mí mismo, y más íntimo mío que lo más íntimo mío, de mi ser.

Quiero yo desarrollarme y tener salud y fuerzas en mi cuerpo, y tomo alimentos convenientes, y por un modo que ni el niño sabe ni el más sabio tampoco y por una necesidad e instinto en el sabio y en el niño, mi organismo y su organismo toma y transforma misteriosamente los alimentos en sustancia mía, en cuerpo y fortaleza mía.

Sólo Dios sabe cómo se realiza esa transformación misteriosa y El es quien la hizo y continuamente la realiza en todos los hombres, en todos los animales y en las mismas plantas. Dios está presente y lo realiza hasta en la vida y alimentación del más simple y diminuto infusorio. Yo vivo las sustancias de que me alimento y Dios las transforma en mí, las hace sustancia mía y en cierta manera pensamiento y querer mío, pues mi alma realiza sus actos espirituales en el cuerpo y por los órganos corpóreos, y cuando los órganos de mi

cerebro están desequilibrados, mi alma no puede razonar ni es consciente de sí misma.

Yo hago mío el alimento que tomo. También para vivir a Dios y hacerle mío de una más delicada y alta manera debo alimentarme de Dios para que Dios me haga suyo. Vivir a Dios es llenar de Dios mis potencias. Sé que Dios está en mi cuerpo; sé que Dios está en las potencias de mi alma y en mi alma; pero aún no llamo yo a eso vivir a Dios. Vivir a Dios es darme cuenta de que Dios está en estas potencias del alma. Vivir a Dios es darme cuenta de la presencia de Dios en mí, viva, actual, real. Darme cuenta de la vida de Dios en mí y que mis pensamientos y mis deseos y aspiraciones estén ofrecidos a Dios y tiendan hacia Dios. Vivir a Dios es estar lleno de Dios y que en mis palabras como en mis acciones irradie la bondad de Dios. ¡Vivir a Dios es la vida santa y hermosa, tan santa y tan hermosa como sea la perfección con que se viva! La gloria y la felicidad del cielo es vivir a Dios, ya en perfección, con la visión directa de su esencia, con la luz de la gloria en dicha.

Si vivo a Dios es claro que tengo a Dios dentro de mí mismo y estoy tan unido a El que estoy hecho una misma cosa con su amor y el mismo Dios está puesto como sello y como savia de mi inteligencia y todos mis pensamientos y todos mis amores y deseos estarán sellados con la vida de

Dios y tenderán hacia Dios. Dios se hace mío, vida mía, amor mío. Dios me hace suyo y me acoge en su bondad y en su amor. Al recogerme yo dentro de mí, en el silencio de mi alma, me recojo con Dios, en el amor de Dios y en lo íntimo de Dios, en ansia de participar más y vivir mejor la vida de Dios. El recogimiento mío en Dios y con Dios es reflejo dichoso de amor y vida de cielo.

Para recogerme en verdadero y duradero amor en Dios y con Dios me es necesario haber dejado de voluntad y en efecto los bienes materiales y las disipaciones y curiosidades mundanas. El apego a los bienes y la satisfacción de los gustos impiden vivir los bienes sobrenaturales de la vida espiritual.

Vivir la vida espiritual y sobrenatural del alma es vivir lo más noble y delicado, lo más alto y hermoso que el alma puede vivir y para lo que ha sido criada. Vivir esta vida espiritual y sobrenatural es vivir a Dios, que es la nobleza y la hermosura y la delicadeza y la felicidad por esencia.

Lo propio y esencial de la vida de recogimiento en Dios, que yo he abrazado, es vivir a Dios en amor por la virtud, como en la tierra se le puede vivir, para vivirle luego glorioso en el cielo. Y vivo a Dios dentro de mí mismo no por sutileza y penetración de mi inteligencia, no por discursos razonados ni altos pensamientos o ideas de mi entendimiento, sino por la realidad de lo que me enseña la fe.

259. La fe me enseña como revelados por Dios estos principios básicos, ciertísimos y consoladores de la teología. En ellos veo yo la grandeza de la vida espiritual que he escogido.

¡Qué hermoso es vivir dentro de mí mismo con Dios a solas! Es la vida espiritual y santa. La vida espiritual sobrenatural de mi alma es vivir no sólo dentro de mí con mis pensamientos, sino vivir dentro de mí con Dios y en Dios. No mi espiritualidad, sino a Dios que forma mi espiritualidad, a Dios en mis pensamientos y aspiraciones, a Dios dentro de mí, que me llena todo, que ha de ser mi felicidad.

Porque ya dejo repetida esta verdad: deseo la felicidad y sé que he sido criado por Dios para la felicidad. Pero la felicidad del hombre no está de hecho en la tierra. Yo no soy feliz y no hay quien sea feliz en la tierra. Espero serlo; soy feliz ahora por la esperanza que tengo de serlo. La felicidad está fuera del hombre ni puede producirla el hombre. Yo no me puedo dar a mí mismo la felicidad; si pudiera, me la daría. Busco y deseo la felicidad; sé que existe la felicidad y he sido creado para ser feliz, pero está fuera de mí y es superior a mis fuerzas. La felicidad no está en mi entendimiento ni está en mi voluntad, sino por encima de mi poder.

La felicidad es vivir a Dios. La felicidad es la operación perfecta, agradable y satisfactoria de la

facultad más noble y perfecta y que lleva la satisfacción a todo el ser en sí y en cada una de sus partes. Es la operación más alta y perfecta de la facultad más perfecta, que es el entender perfecto de la inteligencia y produce el gozo más completo y perfecto de la voluntad.

Este altísimo entender y este gozo supremo no le tienen los sabios por sabios ni los eruditos por eruditos. El más alto entender humano es siempre bajísimo, pobrísimo e incierto de suyo. Este altísimo entender no se alcanza en esta vida; sólo Dios puede darle y le da con *la luz de la gloria,* con la visión gloriosa de Dios, llamada también visión beatífica. Entonces mi inteligencia quedará llena, rebosante de entender y de un entender supremo de Dios y en Dios; quedará entonces llena; todo lo conocerá en Dios sin discurrir, con el simple y sobrenatural ver del entendimiento, sin esfuerzo, en la mayor complacencia, y conocerá al mismo Dios y vivirá el lleno de gozo de la voluntad y nada deseará que no posea y tenga y entienda. Conocerá cuanto puede conocer de la esencia infinita de Dios y en Dios, todas las maravillas creadas pasadas, presentes y futuras. Todo lo ve en un simple mirar, pues, como he meditado, *la felicidad es la posesión simultánea y perfecta de todos los bienes*. Esto sólo se obtiene con la posesión de Dios en el cielo. ¡El cielo, Dios, es la patria de la felicidad!

Si la felicidad está en la operación perfecta y más alta de la facultad más perfecta, en el mayor gozo y delicia, y esta operación es estar en Dios entendiéndole, poseyéndole y amándole gloriosamente en el cielo cuanto puede entender, amar y gozar la facultad de entender y de amar, la vida más perfecta y santa en la tierra será la que más se asemeje a la del cielo y participe de esa vida gloriosa. La vida que más se asemeja a la vida del cielo y más participa de los bienes del cielo no es la vida de los sabios, ni la vida de los que abundan en bienes de tierra, ni la vida de los que se entregan a la disipación, diversión o lucimiento. Esta forma de vida es toda externa y no mira a Dios ni participa directamente de Dios. En esta vida no se busca a Dios ni se puede tener a Dios por amor.

La vida que más se asemeja a Dios, porque busca llenar el alma y el ser todo de Dios, procura esté lleno de Dios el entendimiento y llena de Dios la voluntad y el recuerdo sea todo de Dios, es la vida espiritual y recogida, es la vida de verdad consagrada a Dios, a servir a Dios, a amar a Dios, a estar en Dios y tratar con Dios. El alma que aspira a vivir de ese modo está impregnada y empapada de Dios como lo estará en el cielo; sustancialmente se asemeja a la vida del cielo. Pero mientras vivo en la tierra, por lleno que esté de Dios y por más gracia de Dios que tenga mi alma, vivo desterrado,

vivo en fe y en esperanza. Es verdad que vivo en Dios, en la realidad de Dios y Dios me llena; pero encubre la luz de su gloria y no le veo directamente ni le poseo en gloria y en dicha; sí le poseo en la realidad, pero no de modo glorioso, sino de modo meritorio.

En el cielo ya se llegó al fin dichoso; en el cielo ya está toda el alma y todo el ser empapado en la gloria y en la dicha de Dios. En el cielo ya no se puede ni se quiere salir de esa gloria y de esa dicha de Dios. Porque si he sido creado para la dicha, si he sido creado para la felicidad, si mi fin último es la dicha y la felicidad perfecta, la encuentro toda en Dios.

Si en la tierra me afano yo y nos afanamos todos los hombres es buscando la felicidad, deseando llegar a poseer la felicidad. No soy dichoso ahora, pero deseo serlo y busco el modo de serlo. En el cielo, con *la visión de la esencia de Dios,* entro en la posesión gloriosa de Dios, entro en la satisfacción perfectísima y total de mi aspiración y de mi deseo; entro en el deleite y en la dicha inenarrable, entro en la aquiescencia y felicidad gozosa y deleitosa como no podía ni soñar; entro en el descanso, en el gozo, en la actividad más dichosa y más descansada de mi entender, de mi amar y de mi obrar, en todas mis facultades y sentidos. Mi cuerpo se llenará también y rebosará de la felicidad de mi

alma, sin sentir necesidad alguna. En todo seré feliz.

260. He llegado a mi fin último dichoso, a la verdad y bien supremos. Cuando el alma ha llegado a su fin último, ya no tiene nada más que desear, *sino amar y más amar y en amor toda encendida tornar de nuevo a amar*. Está en su fin y en dichoso descanso y *no quiere salir* de tanta dicha y gozo, siempre nuevo. *Y no puede salir* de esa dicha y delicia continua y eterna. Porque nada puede desear que ya no posea, que no ame, que no tenga. Si Dios ha llenado su deseo de un modo infinitamente superior a como él esperaba y deseaba, ya ninguna otra cosa puede desear ni puede tener otra aspiración que el mismo Dios, el gozo de Dios, la glorificación y alabanza de Dios. Todo mi entendimiento, toda mi voluntad, todo mi ser, está saturado de Dios en gloria y delicia.

¿A qué miraré que ya no lo tenga y conozca y posea? Por inmensas y caprichosas que sean ahora mis aspiraciones, son nada ante las infinitas perfecciones y dones que Dios me dará cuando se me dé en gloria a Sí mismo. Dios es el infinito. Nunca puedo tener deseos que superen al infinito. Dios me llena de su infinita verdad, de su infinita bondad, de su infinita hermosura. Estaré lleno, saturado, empapado en dicha, en felicidad, en gloria.

Todo lo estaré ya viendo y recibiendo de Dios y en Dios. Seré hecho luz de Dios.

Pues mi vida de recogimiento y espiritual aquí en la tierra es estar sumergido en Dios, atento a Dios, lleno de Dios, tratando con Dios. Dejo que los hombres se dediquen a tener bienes, a saber mucho, a hacer inventos sorprendentes. Yo he escogido estar a solas con Dios, amándole y dejándome amar de El. Pidiéndole y recibiendo de Dios cuanto me da. La fe me enseña a buscar y encontrar a Dios.

El conocimiento más cierto, más apropiado y más levantado que el hombre puede tener de Dios, mientras vive en la tierra, es el conocimiento que le da la fe. El conocimiento natural que tienen los filósofos y los teólogos, adquirido por razón, es muy inferior y menos cierto y preciso que el que tiene el cristiano por la fe. La fe no me da detalles de Dios, porque Dios no tiene ni figura ni límite. La fe me presenta a Dios infinito y en todo bien y poder. Movido por esta enseñanza de la fe, lo he dejado todo, me he recogido con Dios, me he consagrado a Dios y sé que estoy en Dios y con Dios. Dios está en mí, en mi entendimiento y en mi amor. Dios está amándome. Nada hay comparable a Dios. *Yo he escogido la mejor parte;* he escogido lo mejor y más perfecto que se puede escoger, vivir y poseer, que es el mismo Dios. La fe me lo enseñó a escoger y a vivir.

Todo lo que mi entendimiento puede pensar y discurrir es nada comparado con la verdad que me enseña la fe y la seguridad con que me lo enseña. Ahora en la tierra quisiera mi entendimiento ver y comprender clara y distintamente. Una de las inquietudes y pruebas que se padecen en la oración es porque quisiera ver bullir mis ideas y mis afectos; quisiera que mi entendimiento me presentara ideas detalladas y hermosas y mi voluntad burbujeara en afectos y ternuras. No me contento con la oración de fe y de esperanza; no me contento con estar callado y atento y sumergido en Dios. Quiero que se muevan, que clamoreen dentro de mí, al menos, mis ideas y mis afectos; quiero dar a Dios destellos de mi actividad y movimiento; quiero hacer algo.

Pero la fe en silencio y con certeza me da y me pone en lo íntimo mío más luz y más verdad que cuanto mi entendimiento puede discurrir y más amor que cuanto puede sentir mi voluntad. Lo que hago yo cuando me muevo es impedir con frecuencia la obra de Dios en mí. ¡Obrad, Dios mío, en mi alma vuestras misericordias y que yo las reciba en silencio y agradecimiento!

La fe me enseña que estoy en Dios y con Dios y Dios es infinito. Mi alma, enseñada por la fe, se entrega en silencio a Dios; está atenta en oscuridad a Dios; admira y alaba a Dios en su infinita grandeza y bondad y está recibiendo dentro al mismo

Dios. Es la cantarita que ya no flota y choca con los demás, ni mete ruido, ni clamorea o burbujea, sino que se hundió en Dios y está llena, envuelta, sumergida en Dios. ¡Esta es mi vida! Sumergido en Dios, estaré en el cielo, pero ya glorioso; aquí en la tierra estoy también realmente en Dios, pero en esperanza de que será un día gloriosamente.

¡Qué maravilloso es mirar a Dios con la luz oscura de la fe! La fe me da el conocimiento más alto e inefable de Dios. La fe me enseña a admirar a Dios muy por encima de todas las cosas. La fe me pone en lo infinito de Dios.

261. Cuando estamos en presencia de un paisaje admirable o de una obra portentosa, nos quedamos quietos mirándola. Me entra por los ojos y por los sentidos; me quedo maravillado, admirando tan prodigioso portento. Me encanta y como que subyuga mi alma. No discurro, no razono: admiro. Mi inteligencia presta toda su atención, cada vez más asombrada, y el gozo de la admiración invade todo mi ser. Me quedo contemplándola. La contemplación es atender a Dios, admirar a Dios, gozarse en silencio en Dios, alabar a Dios. No es razonar, no es intentar convencer. La fe me enseña lo infinito de Dios en toda perfección, y el alma, todo el alma, le admira, está atenta, le agradece, le ama y pide amor.

Para esta vida me ha escogido el Señor. Esto

quiere el Señor de mí y esto he abrazado yo, lo más grande que puede darse en la tierra. Lo más grande que puede darse en el cielo y que allí en el cielo constituye la felicidad. El Señor en la vida espiritual, en la vida de recogimiento, me ha metido dentro de El mismo. En mi recogimiento yo he metido a Dios dentro de mí y me he dejado meter dentro de Dios. Debo darme cuenta de que estoy todo lleno de Dios y envuelto en Dios y debo estar atento a tan maravilloso y sobrenatural bien. Estoy amando a Dios y Dios me está amando y llenando de su amor. Yo atiendo, le miro y le admiro y le alabo. Le contemplo. Recuerdo de nuevo la comparación de las botellas ya llenas y sumergidas. Ya no burbujean ni clamorean; están quietas, por dentro y por fuera rodeadas de líquido, en pacífica quietud.

Si yo estoy en Dios, en el silencio de Dios, en la atención a Dios, estoy sumergido en la infinita bondad y perfección, estoy atento, amando, alabando, contemplando en silencio a Dios. No necesito palabras. Dios es mi palabra y mi verdad. Dios me ha limpiado y ha quitado todos mis impedimentos. Dios me ha enseñado por la fe y Dios es la misma verdad. Dios quiere quitar de mí hasta el más insignificante átomo de imperfección para transformarme, para unirme en amor con El. Estoy en Dios en silencio; estoy viviendo a Dios. Mi entendimiento y mi voluntad, aun cuando no entien-

dan o no discurran con verdades particulares y razonamientos especiales, están en la realidad de Dios. Es la más perfecta oración y entrega. Dios me está enseñando e iluminando en secreto. Dios hace su obra maravillosa de transformación en mi alma. Mi vida es Dios.

262. Vivir a Dios es tener el entendimiento y la voluntad llenos de Dios. Conoceré que tengo llenos de Dios este mi entendimiento y mi voluntad cuando mi aspiración y ansia sea Dios, cuando mi cuidado sea estar con Dios y cuando mis obras sean de Dios, practicando las virtudes.

Donde está mi deseo está mi corazón y arrastra mi entendimiento y las demás facultades mías. ¿Dónde está mi recuerdo? ¿Qué me suscita mi memoria? Recuerdo no es solamente memoria de lo pasado, es también darse cuenta de lo presente. Recuerdo de Dios es darme cuenta de que Dios me llama y me gobierna; darme cuenta de que soy de Dios y pertenezco a Dios, y todas mis obras y deseos son de Dios. Mi gozo es vivirle y ofrecérselos.

Jesucristo me dio esta norma para conocer mi amor a Dios: *Aquel que ama de verdad guarda mis mandamientos*. Aquel que ama de verdad pone todo su esmero en hacer la voluntad de Dios. El que está lleno de Dios no puede menos de tener

presente el recuerdo de Dios. El amor aviva la memoria y aumenta el gozo.

El amor es vida y atracción. Si Dios es mi amor, será mi vida y atraerá toda mi atención y todas mis obras serán para El. Es santo no el que sabe, sino el que hace: *Bienaventurados seréis si sabiendo estas cosas, las practicareis.* No es santo el sabio, sino el bueno; no el que sabe, sino el que obra. La Virgen, porque era santa, dijo: *He aquí la Esclava del Señor. Hágase en Mí según su voluntad.*

Como Dios no encuentra resistencia ni impedimento en el alma pronta y fiel, realiza su obra, transforma al alma, une el alma Consigo. Esta vida es semejante a la vida del cielo, menos en el gozo. Es vida de felicidad en esperanza. No he de olvidar nunca esta distinción: estoy en la realidad de Dios; está Dios en mí realmente e infinito, está en infinita gloria, porque Dios nunca puede dejar de estar en el gozo infinito de la felicidad, pero aún no está comunicándome su gloria ni yo soy glorioso. Dios oculta el gozo y la glorificación mientras vivo en la tierra; pero Dios está realmente, infinito, feliz y presente en mi alma; está en mi entendimiento y en mi voluntad.

263. Por esta verdad, enseñada por la fe y corroborada por la razón, muchas almas que viven fieles a la gracia y son ya almas de amor sienten un inmenso gozo dentro de sí mismas y una ine-

narrable y radiante alegría. Lo puedo leer en los escritos o dichos de los mismos santos cuando expresaban lo que por su alma pasaba; escritos y dichos admirables, que llenan de aliento al que los lee, animándole a vivir y a amar como ellos vivieron y amaron y a preguntarse como ellos se preguntaban: Si tanto gozo siente en la tierra el alma que ama a Dios, ¿cuál será el gozo del alma en el cielo? ¿Qué tendrá Dios reservado para el cielo?

Mi razón, aunque pobre, me lo prueba muy fácilmente de este modo: El que ama, goza en saber está agradando al que ama en lo que hace y en tratar y estar con el que ama. Nada ama tanto el alma santa como a Dios. Por Dios lo dejó todo y por Dios diera mil vidas si las tuviera. No hay ilusión ni entusiasmo por el que se ama como la ilusión y el entusiasmo del alma que ama a Dios, como no hay ser que se asemeje en grandeza y hermosura a Dios ni sea infinito en todo bien y creador de todo como Dios. El alma de amor sabe que está haciendo la voluntad de Dios, sabe que está agradando a Dios y que Dios recibe su vida y todo cuanto hace y piensa y esto le produce el gozo, superior a todo otro gozo criado. No es el gozo de la ternura y del afecto; es un gozo inmensamente superior; es el gozo de su entrega y saber que Dios recibe y se agrada en esta entrega. Este Dios infinito está presente. Sabe que se lo pagará

eternamente con premio indescriptible de gloria; pero mayor que el gozo de saber que será premiada con especial premio es el saber que se agrada y está agradando a Dios y que Dios la recibe y es amada de Dios, y el amado Dios, el infinito y soberano Dios, está presente en ella. Tobías y David decían : *Mi gozo es que estoy en Dios*. Es el gozo supremo por excelencia, muy superior a cualquier otro gozo de la tierra. Dios está en el alma, que a su vez sabe que está en Dios y es amada de Dios. Es gozo de espíritu.

Y mi vida de alma consagrada a Dios y recogida, mi vida de alma que deseo la perfección y vivir interior y exteriormente la vida de Dios, goza sobre todo otro gozo porque estoy en Dios y estoy como Dios me quiere. Pasaré por los momentos en que me parece tengo los ojos vendados y no veo nada; me parecerá que estoy tullido espiritualmente y no sé pensar ni discurrir ni nacen en mi espíritu los afectos que yo esperaba, pero brilla en mí esta verdad que me enseña la fe y mueve todas mis acciones: Dios infinito, el sumo Bien, el que es la luz y la felicidad de los ángeles, el que es la dicha y la verdad y el creador de todo, está en mí, y está lo mismo que en los ángeles, amándome; pero no está glorificador como en ellos, sino santificador y purificando mi alma y tomando posesión de ella y de todo mi ser. Está haciéndome amor.

264. Mi vida es semejante a la del cielo. En el cielo se tiene la visión y contemplación gloriosa de Dios en la exaltación del goce más inefable e infinito del mismo Dios; en la tierra se tiene la mirada oscura de la fe y la contemplación en fe de Dios, en el ansia y deseo de ver a Dios y ser ya totalmente de Dios; pero estoy en la misma verdad y realidad de Dios y en trato actual con Dios. Dios me mira y me recibe y obra su obra en mí.

Dios me ha escogido y me ha llamado para vivir en El y con El. Pero vivir en El y con El es estar compenetrado con El, tener la voluntad unida a El. Se tiene unida la voluntad cuando se aceptan las disposiciones de Dios, cuando se guarda la fidelidad en las virtudes. Dios quiere hacer la unión perfecta de amor de su voluntad y la mía, y la hace cuando estoy ofrecido y soy fiel a su querer.

La ilusión del hombre en la tierra y lo que le empuja a toda actividad es el amor, el conseguir la ilusión y el ideal del amor. La vida espiritual es toda ella de amor, va buscando el amor para vivir el amor. Ese amor es el de Dios. El alma se entrega a Dios para conseguir la glorificación del amor.

La glorificación del amor no se da en la tierra. Su patria es el cielo.

Es cierto que leemos en la doctrina y en la vida de los santos que, a veces, Dios ponía y hacía sentir en sus almas unos movimientos y transportes

de alegría tan insospechada, un gozoso bullir de júbilo de vida eterna, una exaltación gloriosa de dicha de Dios, que no les cabía en el pecho y les hacía andar como envueltos en alegrías de gloria y de cielo. Ni ellos mismos sabían decirlo ni comprenderlo; sólo sabían admirarlo y agradecerlo. No se sabe cómo se reciben ni cómo pueden retenerse las comunicaciones afectuosas que Dios hace al alma ni pueden expresarse después de recibidas. Sólo se siente que el alma se convierte en cielo y se derrite en agradecimiento y en deseo de Dios y se ve y se siente llena de Dios y que nada en gozo de Dios.

La fe me da seguridad que aun cuando yo no lo siento, si soy alma ofrecida, estoy con Dios realmente y Dios está en mí con esa verdad y realidad que sentían algunas veces algunos santos; la fe me dice que Dios me ha traído para unirme realmente con El y hacerme un amor y una cosa con El; para que mi alma se una al infinito amor y al ser infinito. Sé que Dios me está uniendo a El cuando mi voluntad se le ha ofrecido y de tal manera le desea que está pronta para cumplir y aceptar el querer de Dios en todas sus disposiciones; cuando mi entendimiento pone su actividad en El y ha ofrecido el mismo entender natural al acto más perfecto de la fe que le une con Dios por la aceptación perfecta y oscura de la verdad revelada. La vida de oración perfecta, la vida de presencia

de Dios, la vida de la santificación y sobrenaturalización de mis obras, está precisamente en la gracia y en la fe. Aquí se ve la eficacia de la gracia y del amor.

¡Qué pocos libros científicos leyó la Virgen! ¡Qué pocas filosofías y teologías cursó! Y, sin embargo, ¡qué alteza de miras tenía y qué profundidad en el conocimiento de Dios! ¡Qué prontitud en todas sus acciones para cumplir los mandamientos de Dios y sus inspiraciones! Tenía la ciencia perfecta de la fe. Era alma perfecta de fe. A Dios había ofrecido la actividad y la curiosidad de su entendimiento en fe; no sólo vaciándose de las curiosidades y noticias humanas y de la sociedad, sino ofreciendo la curiosidad de su entendimiento en saber noticias concretas y detalladas del mismo Dios en obsequio de la fe.

265. Porque todas las noticias concretas y detalladas que en la tierra podemos tener de Dios, aun cuando sean las más altas y brillantes de la tierra, son como nada y pura ignorancia y en cierta manera nos separan y oscurecen de lo hondo, de lo profundo, de lo misterioso, de lo grande y sobreexcedente e inenarrable de la realidad de Dios.

La más levantada y excelsa y propia noción que puedo tener de Dios, la que más me acerca a Dios, es la noticia que me da la fe.

La fe no detalla; la fe no concreta ni limita.

La fe me enseña y dice: Dios es el Infinito, el sumo Bien.

Mi alma, y todos los hombres, deseamos el bien. El fin es el bien, todo el bien sin sombra de deficiencia. Deseo el sumo Bien, el bien universal y perfecto. He sido creado para el bien; Dios es el Bien, el sumo Bien, el Bien universal. Ni puedo dejar de ser atraído por el Bien, por la suma Verdad. Es mi fin, es la aspiración que el mismo Dios ha puesto en mí. Aquí está la razón de por qué se ha de amar más al sumo Bien, al Bien necesario y criador de todo bien, que al propio sujeto. Debo amar más a Dios que a mí mismo y a mí amarme en Dios. ¿Cómo es ese sumo Bien, el Bien y la Verdad infinita? ¿Cómo es el Infinito real y el Ser necesario? ¿Cómo puedo figurármelo si le voy limitando y empequeñeciendo? La fe me le enseña infinito, sin límites, sin figura.

La noción que yo puedo tener de Dios, por altísima, por delicadísima, por excelsa que sea, es completamente distinta de la altísima y excelsa realidad de Dios. ¿Cómo y qué es el infinito Bien y la infinita Perfección?

No quiero decir que no me valga de todos los conocimientos que de Dios puedan tener mis facultades todas. Y vuelvo a repetir que lo más grande y hermoso que se puede pensar en la tierra, que el tiempo que mejor se puede emplear en la

tierra, es pensar en Dios, estar con Dios y dedicarse todo a Dios.

Al pensar en Dios uso mis facultades limitadas y mis sentidos. Recojo todo lo más bello que encuentro en la naturaleza de los seres vivos y de los objetos inanimados; recojo todas las inmensidades de los espacios y los fulgores de los astros y todo lo delicado y primoroso de las flores; recojo todo lo bello y grande y deslumbrante que puede soñar mi fantasía y pensar mi inteligencia; recojo todos los pensamientos y afectos de los santos y toda la nobleza y grandeza de su espíritu, y todo esto y cuanto yo me puedo figurar y entender es como un oscuro borrón comparado con la infinita grandeza y hermosura y bien de Dios. ¿Qué será el infinito en toda perfección y el sumo acto en la infinita actividad, en el infinito gozo y al mismo tiempo incomprensiblemente simplicísimo?

Si tanta belleza y tanta grandeza, si tanto misterio y tanta maravilla hay en estas criaturas que yo veo y admiro, ¿qué será Dios, el Creador de todo? Si tanto me admiro pensando en los ángeles y en tantos seres creados y de los cuales no tengo noticia ni puedo imaginarme cómo serán y tanto brillo y encanto y felicidad hay en ellos, ¿qué brillo y delicia y encanto no habrá en el Criador de todo?

Pero aun cuando yo comprendiese todas las maravillas de todas las criaturas de la creación con

todos sus misterios, no me podría formar idea de Dios. Porque Dios es sobre toda belleza, sobre todo encanto, sobre toda perfección o ilusión que las facultades no ya del hombre, pero aun de los seres dotados de más nobles y perfectas facultades puedan entender. Todo es como un oscuro y feo borrón ante la infinita y perfectísima hermosura de Dios.

Esto me explica algo de aquella delicia y gozo, de aquel encanto y complacencia, de aquel enajenamiento y admiración que sentían muchos santos al sumergirse en el recogimiento de Dios. Ahora parece tengo alguna noción de aquel estado de presencia de Dios y mirada de Dios en que, como fuera de sí y radiantes de gozo, han repetido días y noches enteras tantos santos con San Francisco: *¡Dios mío y todas las cosas! ¡Dios mío y todas las cosas!* Ahora me parece entrever lo que decía San Juan de la Cruz:

> Por toda la hermosura
> nunca yo me perderé,
> sino por un no sé qué
> que se alcanza por ventura.

Ahora veo cómo pasaban los santos suspensos sus largas horas de oración en una mirada de admiración, de alabanza y de agradecimiento a Dios; en esa mirada lo decían todo y expresaban todas sus ansias; en esa admiración sencilla queda muerto

con los brazos en cruz San Juan de Dios. *¿Qué veían en ese Dios mío y todas las cosas?* Dios infinito, mi Dios, en quien está encerrado todo, en quien está toda la delicia, todo el gozo, toda el ansia y anhelo de felicidad. ¿Qué hermosura criada puede compararse con esta infinita, radiante e inimaginable hermosura, que encierra todas las hermosuras, pero ninguna hermosura puede ni aun parecerse a esta hermosura? ¿Cómo puede parecerme extraño que en su recogimiento y retiro con Dios sintieran dentro de sí mismos la alegría y redundancia de satisfacción como anticipo de la del cielo?

266. Mi deseo y la vida que he escogido es de vivir a Dios. Quiero que Dios tome posesión de mí, que llene mi entendimiento y mi voluntad de sus perfecciones de un modo más delicado y sobrenatural para que mi memoria y aun mi imaginación redunden también en recuerdos de Dios. Ha de ser ésta, Dios mío, gracia tuya e iluminación tuya sin merecimiento mío, pero con mi cooperación y esfuerzo. Con esta tu gracia te haré el obsequio de todo mi ser para no querer otra cosa que a Ti o en Ti, para no atender nada más que a Ti y lo que Tú quieras y para sólo esmerarme en entenderte a Ti y a las obras que dispongas en Ti. Esto me enseñará a sobrenaturalizar todas mis obras, haciéndolas en tu amor y en tu recuerdo.

La santidad se compone de actos, pero es una vida. Alcanzaré la santidad viviendo la voluntad de Dios en todas mis obras. Si cuando veo la voluntad de Dios estoy remiso y soy negligente y perezoso para seguirla, mi voluntad no está unida con la de Dios, no soy fiel ni sobrenaturalizo mi obra. Mi voluntad está renuente para hacer la de Dios.

Y digo la voluntad, no el sentimiento. Mi sentimiento procede en gran parte de los sentidos y de la sensibilidad del cuerpo y busca lo agradable, lo que satisface y huye de cuanto implica sacrificio. Mi sentimiento no quiere el sacrificio, porque el sacrificio está contra la inclinación natural de mi naturaleza corpórea. Y mi sentimiento no abraza sólo a lo puramente corpóreo; abraza también a los sentimientos del espíritu. Como el sacrificio de la fe y el sacrificio de la oración y el sacrificio de hacer la voluntad de Dios lo impiden la comodidad y el gusto y la apacibilidad, se rehúye la oración, y el recogimiento, y la mortificación, y la virtud misma. El sentimiento del cuerpo rehúye hacer la voluntad de Dios, pero no lo rehúye la voluntad; y el triunfo de la voluntad sobre el sentimiento y cansancio lleva a la santidad, a la unión con Dios.

¿Cuándo, Dios mío, fortalecerás esta pobre voluntad mía? ¿Cuándo pondrás tanto vigor en ella que arrastre la flaqueza mía y esté pronto para seguir todas tus llamadas y para sobreponerme a mi inconstancia y a mis gustos?

267. Jesucristo me dijo que *tenía que morir a mí mismo para seguirle a El.* Tengo que salir de las cosas y de mí mismo en mi amor propio y en mis gustos. Para que el Señor tome posesión de mi alma y me una a El necesito salir de mí mismo, de lo malo e imperfecto que hay en mí, de mi pereza, idiosincrasia y comodidad.

He de salir lo primero por los deseos y ansias. Sin deseos que me estimulen nunca lo realizaré. Lo palpo en las cosas materiales, como ya antes lo recordaba. Se desea una carrera o un empleo y se emprenden los estudios y todos los sacrificios para conseguirla. Se desea obtener un bien material y todo se pospone hasta conseguirlo; con frecuencia se pospone hasta la vida. ¡Las páginas de la historia en todos los siglos son un cúmulo de lágrimas vertidas y de iniquidades cometidas para conseguir puestos, riquezas, fama y poderío!

Los imperios o el poderío de un hombre sobre las naciones han nacido sobre montones de cadáveres y han inundado el mundo de desgracias e injusticias y de guerras. El deseo de poder ha traído las guerras, y las guerras son un gran castigo de Dios. Un deseo declara la guerra, que es la desolación y la muerte, y el soldado va a la muerte con todos los sacrificios que se imponen. Cervantes hacía resaltar cómo el militar está siempre con la vida en un hilo y lleva vida de penalidades y sufri-

mientos sin cuento; y, sin embargo, se abraza la vida militar y se va a la guerra.

Cuando se descubrieron las Américas emigraban muchos allí, despoblándose España y empobreciéndose, y emigraban para adquirir bienes; les movía el deseo de enriquecerse y el ánimo se contrista leyendo las penalidades y las muertes de una gran parte y que muchos morían de hambres y otras necesidades. ¡El deseo es la fuerza que mueve! Dios no nos pide tanto, pero hemos de salir.

San Juan de la Cruz me enseña que el alma *sale abrasada en ansias de amores*. El alma está enamorada de Dios; llama a Dios el *Amado*. El enamorado vive más en el Amado que en sí mismo, tiene el pensamiento y el afecto en el Amado, le desea y *sale con ansias en amores inflamado;* sale con todo su esfuezo, sale con toda su diligencia de sí mismo y sale en vuelo de fe adonde le señala la fe, a Dios, pasando por encima de los gustos materiales y espirituales y por encima de la prudencia humana animado de la prudencia sobrenatural.

Suele el demonio valerse de la prudencia humana para no despojarme del amor propio. Pero San Juan de la Cruz me dice que el alma, guiada por la mano de la fe y de la prudencia humana, en las alas del deseo, *pasó por montes y riberas*, sin *temer las fieras y sin detenerse a coger las flores*. El alma que se detiene a coger algo, se detiene,

se para, pierde tiempo y aun puede desanimarse y no continuar.

La santidad es la preciosísima margarita. La santidad es vivir a Dios y en Dios; es lo más grande y hermoso; es la verdadera sabiduría y riqueza. Para vivir a Dios en la tierra me he de vaciar de mí mismo y dejarme clavar en la cruz. He de emprender el vuelo de la decisión en alas de la fe y del deseo y entonces podré lo que no puedo y sabré lo que no sé, porque Dios me dará su poder y su sabiduría. Quiere Dios que tenga confianza en El y repita las palabras de San Pablo: *todo lo puedo en aquel que me conforta.* No hay imposibles que no pueda realizar el alma unida en amor con Dios. Y como me ha llamado para unirme con El, si yo guardo fidelidad y tengo confianza en El, me da su fortaleza y su poder y está El mismo dentro de mí siendo mío.

Leo admirado los heroísmos de las almas santas; y realizaban esos heroísmos con la mayor naturalidad, porque tenían dentro de sí a Dios y confiaban en Dios.

Negarme a mí mismo, salir de mí mismo es el mayor heroísmo. Cuando arroje de mi alma el amor propio, habré hecho hueco en mí y me llenará este hueco el amor de Dios, y me llenará con el amor unitivo si estoy preparado y purificado. Dios mismo quiere ponerse en mi pecho y vivir en mí en amor.

El deseo es el empuje y la fuerza de la voluntad. El deseo abraza a Jesús en la cruz.

El deseo es la capacidad de amar. Tanto podré y llegaré a amar cuanto sea la intensidad del deseo verdadero, no solamente unos deseos ilusorios, sino unos deseos reales y esforzados. Dios no dejará de dar realidad a estos deseos. Lo primero que pone Dios en el alma son los deseos: deseos de perfección, deseos de santidad, deseos de estar con Dios y vivir a Dios y en Dios. ¿Cómo realizaré yo esto? ¿Cómo me empaparé de Dios e irradiaré de mí el perfume de Dios? Metiéndome y sumergiéndome en Dios; uniéndome a su voluntad y teniéndole en mi recuerdo.

He leído en la vida de Santa María Magdalena de Pazzis que no habiendo hecho aún su primera comunión, cuando su madre venía de comulgar se la abrazaba, y apartándola su madre decía la Santa: «*Madre, hueles a Jesús.*» Si viviera en Dios y me sumergiera en Dios, irradiaría de mi olor de Jesús en mis virtudes y en mi modo de ser, como el que se ha sumergido en un depósito de perfume, va dejando por donde pasa olor del perfume en que se empapó. El alma espiritual forma en derredor suyo atmósfera espiritual.

El deseo es el vuelo, es la decisión y es la capacidad de amar. No es el vuelo mío; es el vuelo que Dios pone en mí en alas de la fe. Para acercarme a Dios he de volar decidido con estas dos alas.

Si un pajarillo cuando va volando tan fácil y naturalmente que me da envidia a mí plegara sus alas, caería como caen verticales los aeroplanos cuando se paran sus motores. Si yo he puesto mi deseo hacia Dios y voy en alas de la fe siguiendo el llamamiento divino, me voy acercando a El. Si cierro estas alas pierdo el vuelo y caigo en la frialdad y nada podré.

Dios ha ejercido sobre mi voluntad una grande atracción por el deseo que puso en mí de buscarle, de consagrarme a El.

Dios me ha creado para la felicidad. Siento la atracción de la felicidad. Yo deseo y ansío ser feliz, y la fe y la razón me enseñan que la felicidad no es fruto que se cosecha en la tierra; la felicidad es el mismo Dios y es fruto del cielo y para la eternidad.

268. La felicidad es inmensamente más excelsa y hermosa de lo que el hombre puede soñar. La felicidad es la posesión gloriosa de Dios, y cada alma le poseerá según haya sido la preparación hecha en esta vida y el tesoro de virtudes acumulado. Me prepararé y acumularé mi tesoro de cielo viviendo intensamente la vida espiritual, abrazando el sacrificio y mostrando en la aceptación de las disposiciones de Dios la verdad de mi ofrecimiento.

Consoladora verdad es que en el cielo tendré la felicidad y la gloria, que yo haya querido en la

tierra, pues tendré los tesoros que haya acumulado, según hayan sido mis deseos y los haya dado realidad.

Si cierro mis ojos a las cosas externas para poner todo mi corazón en las internas y espirituales; si aparto mi mirada de lo que distrae y disipa para tenerla fija en Dios, y me digo: aquí está todo mi bien, acumularé tesoros para tener mucha gloria en el cielo y aun en la tierra y gozaré de un contento incomparable. No envidiaré a nadie. ¿Puede haber bien ni contento alguno que ni muy remotamente pueda compararse al bien y al contento de pensar en lo más grande y hermoso que hay y que se puede tener? ¿Qué belleza, ni encanto, ni delicia, ni bienestar puede haber que se asemeje a Dios? ¿Cómo la luz y la ilusión de la tierra, ni la compañía aun de los hombres más encantadores y amenos puedo compararla a la luz del cielo y a la compañía y comunicación con el mismo Dios? ¿No eres Tú, Dios mío, la hermosura y la bondad y la sabiduría infinita? ¿No eres Tú la omnipotencia y el amor? ¡Y te quieres, oh Señor, hacer mi Amado y estar en mí y unirme en amor a Ti! ¿No mereces Tú, delicia de los ángeles, que yo deje todas las cosas y salga de mí mismo y de mi amor propio para tener mi pensamiento y mi atención puestos en Ti, para estar en Ti y gozando de tu compañía y para que Tú estés en mí y tomes posesión de mí?

Si los hombres no vacilan en exponerse a cualquier sacrificio por conseguir un bien material que desean, siendo Tú el Bien mayor que se puede pensar y que puede existir, siendo todo el Bien y el gozo infinito y el Creador de todos los bienes y de todos los gozos; siendo Tú el Bien y el gozo que yo no puedo ni soñar, ¿no mereces que yo me abrace con todos los sacrificios por poseerte y gozar de tu gozo? ¿No encontraré mi mayor delicia y mi mayor alegría en vaciarme de mí y de todas las cosas para que me llenes de Ti mismo y me hagas amor tuyo?

Los hombres se abrazan con los mayores sacrificios por satisfacer un apetito, por dejarse llevar del instinto del gusto de los sentidos y de la presunción de la fama, y pasan días enteros absorbidos por la lectura de cuentos y de fantásticas novelas. ¿Y no abrazaré yo el sacrificio que sea necesario para que el Señor pueda llenarme de su mismo gozo infinito y no para saciar un gusto o un apetito mío, sino para llenarme de toda delicia y satisfacer para siempre todos mis deseos y calmar todas mis inquietudes? ¿No me gozaré yo en estar atento y aprendiendo en esta divina sabiduría y hermosura? ¿No me lanzaré yo a buscar y adquirir ese sumo e inefable bien, este bien que poseído colmo de todos los bienes? ¿Qué hago yo por alcanzarle. ¿A qué me expongo? Y es Dios quien se me da a Sí mismo.

269. Decía antes que Dios es infinitamente sobre cuanto la inteligencia no sólo del hombre, sino también del ángel, puede pensar; que nada puedo fantasear que admita ni remota comparación con la grandeza y hermosura infinita de Dios ni con su omnipotencia, que ni existe ni se puede pensar algo tan excelso y hermoso que no esté siempre a infinita distancia de la excelsitud y hermosura divina.

Y aún decía más: No solamente es Dios sobre lo más alto y excelso, sobre lo más perfecto y mejor que puede pensar la inteligencia de todos los hombres y de todos los espíritus angélicos que estén eternamente pensando, y la misma altísima inteligencia del entendimiento criado de Jesucristo, pero ni el mismo entendimiento infinito de Dios puede concebir nunca nada más alto, nada más excelso, nada mejor ni más perfecto que su mismo ser infinito con todas sus infinitas perfecciones. Su ser de infinita perfección y bondad y omnipotencia sólo puede ser comprendido total y perfectamente por su entendimiento infinito. Y toda esa perfección infinita e inefable que no puede la inteligencia llegar a comprender, ni aun la de los Querubines y Serafines, todo eso inimaginable, me lo ofrece el Señor y me dice: «*Puedes tomar de Mí cuanto quieras y yo me daré a ti cuanto hagas de capacidad para recibirme.*»

Y Dios quiere unirse conmigo y me ha llama-

do para unirme con El. ¿No gustaré yo de estar con El más que con todos los hombres y todos los sabios y más que si poseyese y disfrutase de todos los bienes de la tierra y de los astros?

Y he escogido esta vida recogida y de retiro espiritual para estar con El, para vivir en El, para hacerle mío, mío como son mías mis ideas y como hago carne y sangre mías los alimentos que como. *Mi gozo, mi gozo de fe, es que estoy en Dios* y Dios está en mí. Le estoy amando y El me ama; me ha hecho suyo y El se hace mío. ¿Puede haber obra más admirable y maravillosa? Dios es mi vida y he escogido vivir sólo para Dios y en Dios.

270. Todavía me inquieto y aún me falta perseverancia cuando el Señor no me da afecto y ternura, porque se me hace pesado el tiempo, que dedico a estar en silencio con El; porque no sé hablar, porque no sé discurrir, porque no tengo ternura de afectos, porque no palpo y no gusto a Dios. No veo que el Señor quiere algo más grande y eficaz de mí. Quiere el Señor que me ponga en oración de silencio, en oración de fe y esperanza; quiere que yo le desee y le mire con mirada de fe y mi deseo y mi mirada de fe sean mi palabra. Quiere que le mire dentro de mí, y me mire lleno de El, y me esté empapando como se empapa la esponja metida en el líquido y mi silencio y atención le hablen como recordaba en las botellas sumergidas y

llenas en el depósito. Ya sumergidas, no tienen nada de aire, no hacen burbujas ni ruido, están quietas sin chocar con nadie ni hacer ruido, porque están llenas por dentro y por fuera. Sé, Dios mío, que en esta vida, que en esta oración, estáis en mí y me llenáis. Sé que estáis obrando en mí vuestra obra de amor y estáis agrandando mi capacidad para que pueda recibiros más. Sé que este ensanchamiento de mi capacidad son los deseos y el silencio que ponéis en mi alma. ¿Qué importa que no tenga gusto si el Señor me le quita para hacer una maravilla mayor en mí? Mi gozo es hacer la voluntad de Dios y estar en sus manos para que me labre.

Santa Teresa de Jesús decía:

> Si el amor que me tenéis,
> Dios mío, es como el que os tengo,
> decidme, ¿en qué me detengo?
> O Vos, ¿en qué os detenéis?

Nada detenía a Santa Teresa y nada la impedía hacer la voluntad de Dios. Ella me exhorta a que aproveche bien la oración de sequedad y de no saber discurrir ni hacer nada, pero que mire a Dios en mí y a mí me mire en Dios.

Me dice que salga de mí, de mi amor propio por el esfuerzo que dan los deseos como se lo dieron a ella. Ya dará el Señor lo demás y se podrá decir como ella: «*¿Qué se me da a mí de mí sino*

de Vos?». Limpiadme y vaciadme, Dios mío, de mí para que deje de preocuparme como ahora, de si me quieren o no me quieren, si me miran o me arrinconan, si me aprecian o desprecian. Estos son indicios de que no he salido aún de mí ni me he unido al Señor. ¿Y dije que dejaba todas las cosas para estar todavía pendiente de estas niñerías y flaquezas? ¿Porqué no me alegraré cuando esté en sequedad, cuando me rodee la tentación, cuando no se me ocurra nada en la oración y esté con Dios en silencio del todo y en fe? ¿No me basta con la fe para estar en Dios?

Quiero estar sumergido en Dios: Dios dentro de mí; Dios fuera de mí, Dios rodeándome y llenándome y obrando en mí su obra. Cuando el Señor quiera hacerse sentir, sea bendito, pero lo mismo está en mí cuando parece me tiene abandonado. Es mi amor propio el que se resiente, y señal de que aún no estoy muerto a mí. Los Santos tenían en esto un gozo grandísimo: el gozo de ofrecer a Dios lo que más deseaban y más gusto les daría: el gozo de ofrecer a Dios el gusto espiritual.

271. Cuando un alma se ofrece a Dios en la religión, ofrece lo que más ama: ofrece sus bienes, el trato de sus amistades y la compañía de sus padres y hermanos.

Pero hay otro amor y otro objeto en nosotros que amamos sobre todos los demás y tenemos tan

metido y enraizado dentro de nosotros que nos es sumamente difícil arrojar, y eso precisamente me pide el Señor y de eso me tiene que vaciar y purificar.

¿Qué es lo más costoso, Dios mío, que os puedo ofrecer y Vos queréis de mí? Ya recordé atrás que un día quiso el Señor premiar a San Juan de la Cruz y le dijo: «*¿Qué es lo que quieres por lo que por Mí has hecho?*» Atrevidas y sorprendentes cosas leo en las vidas de los Santos que le pidieron. Santa Lutgarda le dice: «*Te quiero a Ti, no tus milagros, y te pido que me des tu propio corazón*», y avergonzada de sí misma por el atrevimiento que había tenido en la petición, se cubrió el rostro con las manos. Dios se lo concedió. El ansia de todos los santos y de cuantos procuramos la vida espiritual es ésta: *¡Te quiero tener a Ti!* ¡Queremos estar con Dios, sentir a Dios, saber que amamos a Dios y gustar del divino amor. ¡Deseo verte y te estoy buscando! San Juan de la Cruz, a la pregunta de Jesús, contestó con el ofrecimiento de lo que más le costaba. «*¡Señor, padecer y ser despreciado por Vos!*» Abrazar el desconsuelo interior y exterior, como le padeció Jesús en la Cruz; es la señal de que el amor es verdadero y sobre todas las cosas. Es lo que más me cuesta a mí. Y Dios quiere de mí, como el más fino obsequio que le puedo ofrecer, el desconsuelo interior y no ser apreciado de los hombres.

He venido y me recojo para ser todo de Dios. Mi aspiración y deseo es ser de Dios, estar con Dios y tratar con Dios. ¡Qué gozo sentiría, Dios mío, si siempre estuviera abrazado a Vos y en la redundancia de vuestro amor! Santa Teresa de Jesús llega a hacer esta reflexión: «Si tanta delicia comunicas ya aquí, en la tierra, a los que te aman, ¿qué dejas para el cielo?» ¿Qué tendrá preparado el Señor en el cielo?

272. Dios ha hecho rebosar, a veces, en tanto gozo el corazón de muchas almas santas en momentos más o menos largos, que salían como fuera de sí y les parecía sentir ya gozos y delicias del cielo. Sentían la exaltación del gozo y el lleno del Espíritu. San Pablo decía que *no sabía si lo había pasado teniendo el alma en el cuerpo o ya fuera del cuerpo*. San Juan de la Cruz decía: «*La delicadez de el deleite que en este toque se siente es imposible decirse... Y así gusta el alma aquí todas las cosas de Dios... Y de este bien del alma a veces redunda en el cuerpo la unción del Espíritu Santo y goza toda la sustancia sensitiva, todos los miembros y huesos y médulas... con sentimiento de grande deleite y gloria, que se siente hasta los últimos artejos de pies y manos... Y porque todo lo que esto se puede decir es menos, por eso baste decir, así de lo corporal como de lo espiritual, que a vida*